

## Mario Vargas Llosa

### Transcripción del discurso pronunciado en el acto de entrega del XIV Premio Convivencia Ciudad de Ceuta

Mis primeras palabras son, desde luego, para agradecer la generosidad de quienes me han confiado esta hermosa responsabilidad de recibir un premio que se llama convivencia y que tiene por objeto luchar contra una de las fuentes mayores de la violencia en el pasado y, desgraciadamente, también en el presente: la intolerancia, la desconfianza que levanta barreras, que hace nacer sospechas y fantasmas y que, finalmente, reemplaza el diálogo por la agresión y la violencia.

Creo que no hay una palabra que defina mejor lo que es la civilización que la palabra convivencia. Es una palabra que respira comprensión, acercamiento, el deseo de entablar una comunicación con el otro, con quien es distinto de nosotros, porque es de otra raza, tiene otros dioses, practica otras costumbres, vive dentro de unos mitos que no son los nuestros. Convivencia es una palabra que denota una actitud de simpatía, de cercanía hacia lo que es distinto de nosotros. Y esto es precisamente la civilización, una palabra, una realidad a la que hemos ido llegando a través de una experiencia larguísima y hecha de desencuentros, de enemistadas, de prejuicios, de discriminaciones que han llenado la historia de víctimas, de muertos, de gentes que cayeron precisamente a consecuencia de esa visión estrecha, mezquina y prejuiciosa que es la visión intolerante.

Desde muy lejos hemos tenido una gran desconfianza de lo que es distinto a nosotros. Desde los albores de la humanidad este ha sido el sesgo, quizás, que ha marcado la conducta de todas las culturas que han poblado el planeta. Costó mucho sacrificio que poco a poco fuéramos abriendo nuestro corazón, nuestra mente, hacia quien era distinto y aceptáramos el principio de que en esas creencias diferentes a las nuestras, en esas costumbres tan distintas a las que nosotros practicamos había alguna forma de verdad. Y fue muy difícil llegar a esa conclusión porque para aceptarla estábamos obligados a creer que nuestras verdades, que nuestras convicciones, tal vez no fueran lo perfectas y lo ciertas que creíamos.

La civilización ha hecho posible esa convivencia entre gentes distintas. Esa convivencia todavía sigue siendo, por desgracia, el patrimonio de unas pocas sociedades en un mundo en el que, todavía, como en el pasado, como en la noche de los tiempos, los hombres se siguen entrematando por la intolerancia, por la incapacidad de renunciar a esa ceguera que es creer que se posee una verdad absoluta y que quien no la comparte es un enemigo al que podemos y debemos destruir.

¿Cómo hemos llegado a romper en las sociedades avanzadas, es decir, las sociedades democráticas, libres del planeta, el prejuicio de las verdades absolutas, de las verdades intolerantes y fanáticas? A través de un largo proceso en el que la razón fue reemplazando a la pasión y al instinto que hasta entonces habían sido el portaestandarte, el emblema de todas las culturas y de todos los imperios.

En un momento dado, ciertos pensadores audaces, ciertos adelantados, establecieron que no había verdades absolutas, que la verdad era también, como tantas cosas en la vida, algo escurridizo y cambiante y que por eso debíamos abandonar esas posiciones sectarias y fanáticas, ese dogmatismo que había

precipitado la humanidad a lo largo de años y de siglos en contiendas atroces con millares de muertos y de víctimas.

Así nació la libertad. Así nació la cultura democrática. Esa es la gran contribución del occidente a la civilización. Esas virtudes de la tolerancia, de la coexistencia en la diversidad, de la convivencia no son de ninguna manera patrimonio de la cultura en que nació. Son propiedad de todas las sociedades y culturas que hagan suyas esas ideas y comiencen a practicarlas.

Cuando nosotros comparamos la realidad de nuestro tiempo no con la sociedad ideal, el mundo ideal, sino con el pasado, hay razones para el optimismo. Hace solo cuarenta, cincuenta años, en el mundo, la intolerancia, el dogmatismo, la visión sectaria de la historia y de la idea de verdad dominaba buena parte del mundo. La democracia parecía incluso acorralada, confinada en un mundo que se iba encogiendo. Sin embargo, no ha sido así. Desde entonces hasta ahora, muchas de las murallas en las cuales se habían confinado quienes practicaban esa visión dogmática de la realidad, de la vida, de la política, de la cultura, han ido cayendo a pedazos por el gran fracaso, por la incapacidad de sus gobiernos de satisfacer los anhelos, los sueños, los deseos de esas sociedades; y la cultura democrática ha ido extendiéndose y hoy día ocupa por lo menos el doble del mundo que ocupaba hace apenas cincuenta años.

Eso, desde luego, debe llenarnos de esperanza pero de ninguna manera sumirnos en la complacencia. Basta abrir un periódico o escuchar las noticias en la radio o en la televisión para ver que la intolerancia de quienes creen en verdades absolutas y se creen con el derecho de imponerlas por la fuerza, todavía están llenando de sangre y de muertos muchas regiones del mundo y algunas sociedades que están muy cerca de las nuestras.

En Siria, en buena parte de los países árabes, en Egipto; hace muy pocos días, en Turquía, hemos visto unas violencias desencadenadas, terribles sufrimientos, cuya explicación, cuya razón de ser, no es otra que esa intolerancia que permite a gentes que piensan distinto o creen cosas distintas, coexistir, convivir dentro de un sistema en el que todos hagan pequeñas concesiones para alcanzar esa paz, esa convivencia que es siempre el camino de la civilización.

Vivimos en un mundo en el que la intolerancia, el sectarismo, el dogmatismo, cuenta con unas armas de destrucción que no han existido jamás antes en la historia. Unas armas tan feroces, tan terribles, que pueden hacer desaparecer, en segundos, a millares de millares de millares de personas. Lo que antes costaba guerras de años, hoy día, por obra del terrorismo, puede ser un quehacer de pocos minutos.

Simplemente esa convicción de que hoy día la violencia puede alcanzar escalas verdaderamente vertiginosas debería movilizarnos para tratar de contener el avance del sectarismo, el avance de la intolerancia, todo aquello que está siempre detrás de esas verdades absolutas que muchos quisieran imponer a los demás a través de la violencia. Verdades absolutas políticas, verdades absolutas religiosas... En el fondo son una sola cosa: son una sola visión intolerante que cree que quien no comparte nuestra verdad está en el error, es un enemigo y puede y debe ser sacrificado.

Todavía hay quienes creen que los fines justifican los medios. Esa es la razón profunda del terrorismo, de quienes creen que inmolándose en un gran holocausto de violencia, ganan el paraíso.

Albert Camus, uno de los grandes pensadores de la libertad, uno de los filósofos que argumentó con mayor solidez, elocuencia y verdad contra las verdades absolutas y a favor de la convivencia en la diversidad, sostuvo una verdad que es, en nuestros días, más necesaria que nunca: que no son los fines los que justifican los medios, que por el contrario son los medios los que justifican los fines.

Ningún fin que cree que puede justificarse en el asesinato, en la liquidación de personas inocentes, en el ejercicio de la tortura o del terror, puede ser un fin deseable. Quien practica métodos indignos convierte los fines por los que lucha también en algo indigno. En cambio, quien cree que los medios justifican los fines, está obligado a actuar, constantemente, permanentemente, en favor de aquellos ideales que estimulan su acción. Eso es la democracia, la coexistencia en la diversidad, y la importancia fundamental de los fines para justificar los medios que queremos alcanzar.

No siempre es fácil establecer esa relación entre los medios y los fines. Muchas veces, la realidad es confusa y nos obnubila, distrae y nos lleva a sacar conclusiones equivocadas, por eso es importante la tolerancia. La tolerancia nos enseña que podemos errar, y si podemos errar, quienes creíamos que estaban equivocados podrían no estarlo y estar más bien en la verdad. Y deberíamos tener el coraje suficiente de rectificar, de aceptar que el error forma parte de la vida humana y que nadie, prácticamente nadie, está vacunado contra el error. Por eso la tolerancia es fundamental. La tolerancia establece el principio de que todos podemos errar, y como todos podemos errar, las verdades rara vez son absolutas. Casi siempre son relativas y cambiantes, y si queremos extirpar la violencia de las relaciones humanas, las relaciones entre individuos, las relaciones entre culturas y entre religiones, es indispensable coexistir. Y si para coexistir hay que hacer ciertas concesiones, pues hay que hacer esas concesiones porque esas concesiones nos garantizan la paz, nos garantizan la coexistencia, nos garantizan la civilización.

Me conmueve mucho que el premio que recibo esta noche tenga presente como una problemática fundamental de nuestro tiempo la inmigración. Existen prejuicios profundamente arraigados respecto a la inmigración. Se cree que los inmigrantes vienen a quitar trabajo a los nacionales de un país. Se cree que los inmigrantes que practican otras religiones y que tienen otras costumbres van a envilecer o degradar las costumbres nuestras, las instituciones y creencias que mantienen aglutinadas a nuestras sociedades. Existe el prejuicio económico, la creencia de que los inmigrantes vienen a aprovecharse de las sociedades que invaden y que vienen a empobrecerlos y a hacer una competencia desleal a los nacionales. Todo eso es falso.

Existen estudios innumerables económicos, sociales, políticos que demuestran que en todos los casos, la inmigración siempre beneficia mucho más que perjudica a una sociedad; estudios que demuestran, una y otra vez, hasta el cansancio, que las sociedades más avanzadas de la tierra, todas sin excepción, a la corta o a la larga van a depender, en gran parte, de la inmigración para poder mantener sus altos niveles de vida. Porque, precisamente, una de las consecuencias del progreso, de la civilización, es que en esas sociedades del progreso cada vez menos personas trabajan para mantener a más personas, porque la vida aumenta, el número de

personas jubiladas crece y el número de personas que debe mantener el sistema de altos niveles de vida es cada vez más pequeño. En esas sociedades, la inmigración es una necesidad absolutamente vital y debe ser vista como una solución y de ninguna manera como un problema.

Desde luego, la inmigración no puede ni debe ser salvaje. Tiene que estar perfectamente coordinada no solo para que cumpla la función principalísima de llevar a cabo las tareas indispensables que en esa sociedad no hay brazos, no hay personas suficientes para atenderlas, sino también para facilitar la acomodación, la implantación, el arraigo y la convivencia entre las comunidades de inmigrantes y la comunidad nacional. Todo eso es posible, se puede llevar a cabo y se puede realizar siempre que eliminemos el prejuicio de que el inmigrante, de por sí y en todos los casos, significa un problema.

La inmigración, por otra parte, es un derecho que toda persona con sentimientos humanos de solidaridad debería entender. Nadie sale de un país, y mucho menos corriendo los riesgos terribles que ustedes saben de sobra corren los inmigrantes que abandonan su mundo, que abandonan su lengua, que abandonan las comunidades con las que comparten tantos denominadores comunes, para lanzarse a lo desconocido, a comunidades cuya lengua no entiende, cuyos dioses o cuyos mitos desconocen y en las que, por tanto, la vida para ellos está llena de riesgos y de obstáculos.

Las gentes que abandonan sus países lo hacen muchas veces escapando de la brutalidad, del salvajismo, de la opresión, o escapando de la brutalidad y el salvajismo de la pobreza y de la miseria. Hay en ese acto de partir una afirmación de vida, hay un derecho que todos deberíamos reconocer: el derecho de aspirar a una vida mejor, en ciertos casos, una vida más libre; en otros, muchísimos otros casos, unas oportunidades que sus sociedades, que sus países, están incapacitados para darles. Ese es el derecho que ha permitido a los seres humanos sobrevivir, escapar a los gigantescos obstáculos que se oponían a su supervivencia y a su desarrollo en el principio de los tiempos.

Todos, en algún momento de nuestras vidas, hemos sido inmigrantes. Lo fue España en los años 50 y 60, cuando tantas familias españolas se desarraigaban para ir a Francia, para ir a Alemania, para ir a Inglaterra, para ir a Suiza a trabajar. Miles de miles de españoles, luego de la Guerra Civil, tuvieron que emigrar y tuvieron que ir a buscar sociedades que los acogieran, y esos españoles prestaron unos servicios extraordinarios, por ejemplo, a los países latinoamericanos que tuvieron la inteligencia de abrirles sus puertas y de ayudarlos a arraigar en ellos. En el campo específico de la cultura, ni México ni Argentina ni Venezuela habrían tenido las editoriales que tuvieron, alcanzado en el campo académico y en el campo universitario los niveles que llegaron a tener gracias a ese exilio culto, ese exilio ilustrado que vino de España.

Los países que están en la punta del progreso, en la vanguardia del desarrollo, como Estados Unidos, ¿qué hubieran hecho sin inmigrantes? Una sociedad como la norteamericana es una sociedad de inmigrantes. Es una sociedad que creció y prosperó gracias a que abrió sus fronteras y abrió sus brazos a la inmigración procedente del mundo entero. En América latina, un país como Argentina, que llegó a ser un país del primer mundo, que llegó a ser uno de los países más ricos de la tierra, lo fue porque al igual que Estados Unidos medio siglo antes, abrió sus

fronteras a la inmigración y recibió con los brazos abiertos a los miles y miles de europeos que fueron allá a trabajar y a buscarse un porvenir.

¿Qué sería de Australia, por ejemplo, que hoy es uno de los países más adelantados de la tierra, o qué sería de Canadá, otro de los países que está a la vanguardia del progreso, si no hubiera acogido en su seno a tantos miles de miles de inmigrantes que fueron allí a trabajar y trabajaron y crearon riqueza y crearon empleo y forman hoy día parte de esas comunidades variopintas, multiculturales, multirraciales? Esa tiene que ser la actitud de Europa frente a la inmigración: de comprensión, de solidaridad, de amistad, de acuerdo a las mejores, a las grandes tradiciones europeas, esas tradiciones que hicieron nacer al individuo soberano, que hicieron nacer la democracia, las instituciones independientes, la idea de que los gobiernos deben ser fiscalizados porque el poder que no es fiscalizado crece y se vuelve despótico; la idea fundamental de que las diferencias raciales, las diferencias culturales, las diferencias religiosas, son una riqueza, una diversidad, que representan todas las posibilidades de lo humano y que todas ellas, sin ninguna excepción, tienen algo que aportar al florecimiento y a la mejora de la vida en común.

Creo que una ciudad como esta hermosa ciudad que, en los apenas dos días que llevo en ella, me ha fascinado, seducido y conmovido, ha entendido muy bien todas esas ideas que he estado tratando de expresar. Aquí la convivencia no es una teoría abstracta, es una realidad cotidiana. Aquí en Ceuta conviven cristianos, musulmanes, judíos, hindúes y también otras comunidades o asiáticas o africanas más pequeñas y conviven en la colaboración, en la amistad, en la solidaridad, y no hay violencia. Lo que hay es un ejemplo que España, Europa, el mundo entero debería seguir. Aquí está la prueba de que esa convivencia en la diversidad es posible, de que esa convivencia no trae violencia, fracaso, frustración sino, por el contrario, es una credencial magnífica y es también una forma de convivir que garantiza el desarrollo y el progreso, una manifestación flagrante de esa cosa hermosa y bella que es la civilización.

Quisiera terminar esta exposición agradeciendo a Ceuta el ejemplo que nos da; agradeciendo a todas las personas que han tenido la idea de crear este premio que lleva este nombre y esa intencionalidad maravillosa, la de la convivencia, que como dije al principio de mi intervención, es una palabra que parece sinónimo de civilización.

El día de ayer, cuando tuve la oportunidad de participar en una ceremonia para mí totalmente novedosa, el encendido con que se inicia el Ramadán para la comunidad musulmana, se me acercó una periodista y me preguntó de una manera un poco abrupta: “¿Por qué le han dado a usted el Premio de la Convivencia?” Pues no alcancé a decirle pero pensé: “Señorita, su perplejidad es la mía, no sé por qué me lo han dado”. Quisiera creer que me lo han dado no solo por la generosidad ceutí de la que tengo tantas pruebas desde que pisé esta tierra, sino porque, tal vez, cuánto desearía que fuera así, la obra que llevo escrita, mis novelas, mis obras de teatro, mis ensayos, mis artículos, de alguna manera están embebidos, están impregnados de esa idea de que convivir en la diversidad es una manifestación de progreso y civilización, una manera de luchar contra la barbarie. Espero que sea así, pero aun si no lo es, a partir de ahora lo será.

Soy muy consciente de que este premio no es solo un reconocimiento, no es solo un honor, que conlleva una responsabilidad, y es una responsabilidad que hago mía,

desde luego, y que me comprometo a tratar, en la pequeña esfera en la que yo puedo actuar, a difundir y defender esa idea básica que está detrás de la idea de convivencia: que convivir entre gentes que son diferentes es un extraordinario progreso y una actitud resuelta de rechazo de la violencia y la barbarie; que defender la convivencia es defender la cultura democrática, lo mejor que le ha pasado al mundo en cuanto a la política y a la vida social se refiere; y también defender a la Humanidad de nuevos holocaustos, holocaustos que, si no somos capaces de atajarlos a tiempo, holocaustos nacidos siempre de la intolerancia y creencia en verdades absolutas, podrían llegar a desaparecer a la especie humana, porque vivimos en una época en la que, al mismo tiempo que los avances de la ciencia y de la técnica han sido vertiginosos, también los avances de los instrumentos de destrucción han sido vertiginosos y han puesto en manos de los hombres unas armas que podrían simplemente desaparecer este planeta sin luz propia que nos ha sido destinado.

Luchar por la convivencia es luchar por la civilización pero es también luchar por la libertad, luchar por la democracia, luchar por la solidaridad, luchar por la amistad y por el diálogo, en contra de los monólogos absolutos, es decir, luchar por el mejor legado que hemos recibido de nuestros ancestros y que estamos obligados a mantener y enriquecer.

Voy a terminar por donde empecé. Agradeciendo muchísimo a las autoridades, a la Fundación que ha creado este premio, a los jurados que han tenido la generosidad de dármele, a quienes han participado en la linda, en la hermosa ceremonia de esta noche, entre ellos a mis compatriotas arequipeños, la verdad que lo último que pensé es que vería bailar un carnavalito arequipeño aquí, en el auditorio de Ceuta; y quiero también agradecerles muy especialmente que hayan venido esta noche a acompañarme en un acto que para mí será siempre inolvidable.

Muchas gracias.